

INTERVENCIÓN DEL DELEGADO SUPLENTE, LICENCIADO PLÁCIDO GARCÍA REYNOSO, EN EL TEMA NÚMERO 5: DESARROLLO ECONÓMICO DE LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS, FORMULADA EN LA SESIÓN PLENARIA DEL DÍA 7 DE ABRIL DE 1959

SEÑOR PRESIDENTE:

La constante obra realizada desde hace más de diez años por las Naciones Unidas en el campo del desarrollo económico y, recientemente, en el de la industrialización, así como la frecuencia con la que estos temas han sido debatidos en este Consejo y en los demás órganos, hacen innecesario abogar por la importancia y la necesidad de esas tareas.

Sin embargo, los resultados todavía insatisfactorios obtenidos hasta hoy y el severo retroceso que en sus tasas de crecimiento sufrió la mayor parte de los países en desarrollo durante los dos últimos años, son hechos que agravan la responsabilidad aceptada por las Naciones Unidas en la Carta de San Francisco, en el sentido de “promover el progreso social y elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de libertad”.

Ocurre que, como lo expresó en septiembre de 1958 el señor Secretario General de nuestra Organización, “Aunque vivimos en una era de progreso sin precedente en el bienestar material, la mayor parte de la humanidad sigue condenada a una vida de extrema miseria. La tarea de mejorar las condiciones de vida de los países insuficientemente desarrollados —añadió dicho funcionario—, requiere un sentido de urgencia que las naciones del mundo no han advertido suficientemente”.

Siguiendo la posición del señor Secretario General, deseo crear en nuestro Consejo, desde el principio de sus deliberaciones en la ciudad de México, la sensación de urgencia respecto a las necesidades de los países menos desarrollados y a la magnitud de los problemas a que todos hacemos frente, especialmente aquí en América Latina.

Cualesquiera que sean las diferencias de opinión existentes entre los miembros de este Consejo, entiendo que todos estamos de acuerdo en la naturaleza de los problemas de nuestra generación. Vivimos en un mundo que se vuelve más pequeño cada día, debido al progreso de los medios de transporte; un mundo en el que, por primera vez, la revolución tecnológica de los armamentos amenaza con la posibilidad de una destrucción universal; un mundo que atraviesa, al mismo tiempo, por una etapa de crecimiento demográfico extraordinario como no había ocurrido en el pasado.

Hace apenas unas semanas que la Comisión de Población de este Consejo, en su reunión de Ginebra, anunció que en el año en curso la población mundial aumentará en unos cincuenta millones de habitantes. Si los cálculos de los expertos de las Naciones Unidas se confirman, para 1975 nuestro mundo albergará a mil trescientos millones de personas más que las que existían al principio de este decenio. Esta cifra supera al número total de habitantes de las Américas, de Europa y de África en 1950.

La mayor parte de este incremento demográfico ocurrirá en las regiones menos desarrolladas y agravará, indudablemente, los problemas económicos y sociales de esas regiones. Estos son ya bastante serios en la actualidad, si se considera que, durante la última década, a pesar de los esfuerzos propios de esos países y de la ayuda que les ha sido impartida, las diferencias de ingreso entre ellos y los países industrializados, se han hecho mayores de como lo eran con anterioridad.

La promoción del desarrollo se vuelve todavía más urgente por el hecho de que la población de las zonas menos desarrolladas parece no estar dispuesta a continuar dentro del *statu quo* económico y social en que viven. Aún de las regiones

más atrasadas surgen con insistencia demandas por su independencia, por su emancipación de cualquier dominio extraño, y por una rápida mejoría en sus condiciones de vida.

Frente a este panorama, ¿existe actualmente alguna posibilidad de que los países menos desarrollados reduzcan las cada vez más profundas diferencias en sus niveles de vida, con respecto a los industrializados, y satisfagan sus aspiraciones sociales y económicas? Mi Delegación se inclina por una respuesta afirmativa y considera que un examen de los problemas de América Latina resultará ilustrativo respecto de esa posición.

Durante los últimos veinte años el desarrollo económico y la industrialización de América Latina han sido superiores a los de períodos pasados. A la expansión de nuestras economías han contribuido las políticas de financiamiento nacional e internacional, la construcción de obras hidráulicas, de carreteras, de puertos aéreos y marítimos, la aplicación de la tecnología a la agricultura, la creación de nuevos centros de población y, gradualmente, la construcción de nuevas estructuras industriales. En cuanto a México en particular, la Reforma Agraria y la educación rural —ambas anteriores a los programas específicos de desarrollo económico—, así como el saneamiento y la educación superior, han sido eficaces instrumentos de progreso.

Una afortunada combinación de circunstancias, que parece difícil que vuelva a ocurrir, ha hecho posible nuestro acelerado crecimiento económico. América Latina ha contado con amplia y diversificada existencia de recursos naturales, con tierras en proporción ventajosa respecto a la población y, además, con relativamente satisfactoria capacidad para importar los bienes de capital y las materias primas industriales que el desarrollo económico ha requerido. Esto último, como resultado de condiciones favorables que han existido para la exportación de su producción básica.

Sin embargo, como consecuencia de los cambios socio-económicos que han ocurrido en el mundo en los últimos años, se han unido a nuestros países otros, pertenecientes a regiones aún menos desarrolladas, cuya población excede en mucho a la de América Latina, países con deseos de desarrollarse y con pleno derecho a conseguirlo.

Como esos pueblos principian hoy por donde hace una generación inició su desarrollo nuestra región, no es extraño que comiencen por movilizar sus recursos hacia la producción de artículos primarios. Esta aparición de nuevas fuentes de productos básicos y alimenticios, junto con las medidas proteccionistas de los países industriales, los que por razones de política interna, no pueden sentenciar a la desaparición a sus productores primarios y a sus agricultores de altos costos, explican, en unión de otros factores, la severidad de la última recesión mundial, cuyo inicio apareció en los mercados internacionales de materias primas.

Si bien la recesión en los países industriales durante 1957-1958 fue relativamente corta y ya está a la vista una nueva etapa de expansión económica en esos países; sería ilusorio confiar en que habrán de volver a presentarse las condiciones favorables de que disfrutaron los países productores de materias primas durante los dos últimos decenios. El sector industrial de la economía mundial parece demostrar, desde hoy, que aun suponiendo un crecimiento sostenido y a una tasa razonable, ya no es capaz de absorber toda la producción primaria de la parte restante del mundo, producción que los países subdesarrollados pueden y necesitan crear para que, a cambio de ella, se abastezcan de bienes para su desarrollo.

La nueva situación mundial de la oferta y la demanda de materias primas parece conducir a Latinoamérica a sólo dos caminos: o tratar de ajustar su producción exportable a la demanda de los países industriales, a costa de su desarrollo

económico, con graves penalidades para los habitantes de la región y con riesgo de caer en la intranquilidad política y social, o bien persistir en la diversificación de sus economías y en la industrialización, como medios de crear demanda adicional interna para los productos básicos de la región. La industrialización es necesaria no sólo para evitar el estancamiento del sector primario de nuestras economías, sino para elevar los niveles de vida y para acelerar la producción de bienes que, debido a la disminución en la capacidad de importar, no pueden ser adquiridos en el exterior.

Creemos que sería insensata y que por ello debe descartarse, la otra posible solución: ir a una guerra de precios entre los países latinoamericanos y las naciones de Asia y África productoras de materias primas.

Frente a los dos caminos señalados, México ha rehusado caer en el estancamiento y ha optado por llevar adelante sus programas de industrialización. De hecho esta decisión constituye una necesidad dado que la tasa de crecimiento demográfico de mi país es una de las más altas del mundo y que el número de mexicanos se habrá duplicado en veinticinco años, al concluir el presente cuarto de siglo. Además, constituyen elementos determinantes de esa decisión los siguientes: hace ya casi ciento cincuenta años que conquistamos nuestra independencia política; desde hace muchos años hemos disfrutado de propicia paz pública; nuestra industrialización, iniciada en el sector de los bienes de consumo desde fines del siglo pasado, ha entrado en un período de diversificación con la industria química, la del acero, la de maquinaria, la de carros de ferrocarril y otras. Este progreso industrial ha permitido la substitución gradual de importaciones de productos manufacturados, semimanufacturados y aun de equipo industrial y ya puede entreverse una integración mayor de grandes ramas industriales.

La participación del Estado ha constituido un factor decisivo en el desarrollo económico de mi país, la industria más importante —el petróleo—, se encuentra en manos del Estado desde hace veinte años; fuertes recursos financieros del sector público han sido canalizados hacia buen número de empresas industriales mixtas; la política monetaria y la de crédito selectivo adoptada y sostenida con fines de estabilidad y de promoción industrial, así como la participación estatal en el sistema bancario, para el fomento de la industria y de la agricultura, constituye, todo ello, elementos de la política nacional de desarrollo.

El espíritu de iniciativa de los industriales mexicanos ha reaccionado favorablemente a los estímulos que el Estado ha ofrecido a través de la inversión pública, de la política fiscal, de la protección arancelaria y, en ciertos casos, del apoyo financiero. Ese espíritu de empresa ha constituido otro factor determinante de nuestro desarrollo industrial.

Algunas de las medidas encaminadas al fomento y al estímulo de la industrialización en México fueron aceptadas, al principio, con poco entusiasmo por los que abogan por el tipo de economía de libre empresa del siglo xix. También es posible que esas medidas no hayan producido una reacción favorable en quienes sólo creen en las ventajas de las economías planeadas centralmente. Considero que a pesar de esas reacciones, la intervención del Estado en el desarrollo económico está recibiendo actualmente plena vindicación aquí mismo y en otros países menos desarrollados que no desean seguir del todo el camino de la libre empresa ni el de la economía de planeación central.

El progreso que hemos alcanzado, y del cual nos sentimos satisfechos, no significa que hayamos resuelto todos nuestros problemas. México figura entre los principales productores mundiales de algodón, de café y de algunos metales, y no obstante la diversificación de su economía, continúa siendo vulnerable a las fluc-

tuaciones económicas en el exterior. Por esto nos interesan sobremanera todos los esfuerzos internacionales encaminados a la estabilización de los precios de los productos básicos.

En cuanto a los problemas de índole interna, nuestro desarrollo industrial se encuentra circunscrito, por ahora, solamente a ciertas regiones, en tanto que otras zonas amplias del territorio nacional permanecen en estado de subdesarrollo. Si bien ha sido creada una potente economía agrícola moderna en el norte del país, gran parte de la agricultura en la superpoblada zona central continúa dentro de técnicas atrasadas de cultivo. Carecemos aún de suficientes especialistas en el campo industrial y estamos ahora desarrollando, con la ayuda de las Naciones Unidas, de la UNESCO y de la OIT, un programa de entrenamiento de personal docente que contribuya a la capacitación de mano de obra y a la formación de los cuadros técnicos superiores.

Sabemos que una parte de nuestros recursos disponibles ha venido siendo aplicada para fines de escasa utilidad social, y que si bien nuestra tasa de ahorro es bastante alta, la inversión nacional, en conjunto, podría canalizarse en forma mucho más productiva. Estamos interesados en corregir estas deficiencias y en seguir resolviendo nuestros problemas con esfuerzos propios, aún mayores que los realizados hasta hoy, y con la ayuda externa que sea compatible con los principios claramente expuestos sobre esa materia por mi país en anteriores reuniones de este Consejo.

México ha participado en los programas de cooperación económica y técnica internacional, tanto en el plano bilateral como en el regional y a través de las Naciones Unidas. De acuerdo con el programa de gobierno de la presente Administración, mi país "lucha por la concordia, por la cooperación y la paz en la justicia, por la no intervención y por el respeto recíproco de las naciones". Nuestros propios problemas del pasado y los presentes, hacen que sintamos nuestra gran afinidad con todos los países menos desarrollados del mundo, especialmente con los de África y Asia que recientemente conquistaron su independencia. Por esto nuestra Delegación ha hecho el mejor de sus esfuerzos durante las dos sesiones anteriores del Consejo para contribuir a la reciente creación de la Comisión Económica para África y del Fondo Especial de las Naciones Unidas.

Hemos demostrado el vivo interés que nos anima hacia la integración latinoamericana, al enviar a nuestros mejores expertos para que asistan a las reuniones regionales. El Director de nuestro banco central forma parte de un grupo de trabajo del Mercado Común Latinoamericano, organizado por la Comisión Económica para América Latina; participamos en la Reunión de Expertos de Banca Central para un acuerdo multilateral de pagos para América Latina y, actualmente, somos participantes activos del Acuerdo Latinoamericano del Café y de la Federación Latinoamericana del Algodón próxima a constituirse. México ha estado cooperando en la preparación de los Estatutos para el Banco de Desarrollo Interamericano, dentro de la idea de que esta institución ayude al establecimiento posterior de un mercado regional.

No desconocemos los factores que limitan y retardan la realización de la integración latinoamericana y sabemos que ésta es más difícil aún que, por ejemplo, la de Europa Occidental; no obstante, si contemplamos el progreso que durante la última década hemos alcanzado en el terreno de la cooperación regional, debemos mantenernos optimistas.

Apreciamos la importante obra realizada por la Secretaría de las Naciones Unidas en el campo del desarrollo económico y de la industrialización y sólo la gravedad de las necesidades de una gran parte de la población del mundo nos obliga a re-

cordar el “sentido de urgencia” y de mayor eficacia que la obra requiere. Si bien ante el Comité Económico los expertos de mi Delegación presentarán los comentarios y sugerencias de México respecto a cada uno de los tres temas que habrán de examinarse: la industrialización, la reforma agraria y las nuevas fuentes de energía, parece oportuno formular aquí un breve comentario a la labor de las Naciones Unidas en el campo del desarrollo económico, con base en los documentos preparados por la Secretaría para este punto de la Agenda.

De esos documentos se desprende que la labor de las Naciones Unidas se encuentra seriamente obstaculizada por la limitación de recursos financieros y por las dificultades para conseguir expertos competentes. Es nuestra impresión, la cual parece estar confirmada por el Informe del Comité Consultivo de Expertos sobre Industrialización, que el programa de trabajo de la Secretaría reviste características de gran amplitud y de cierta dispersión, que podrían aplazar por mucho tiempo sus realizaciones, particularmente si se tienen en cuenta las limitaciones financieras y la escasez de expertos. Los países miembros de las Naciones Unidas, cuya situación es angustiosa se sentirían desalentados de un plan que los mantuviera en incierta espera de los frutos de los estudios proyectados. Esos países necesitan asistencia técnica efectiva en el momento presente.

Estamos convencidos de que las Naciones Unidas estarían en posición de cumplir con las responsabilidades de orden inmediato, si se revisa el enfoque general adoptado hasta hoy en el campo de trabajo sobre el desarrollo económico y la industrialización y se da preferencia a las actividades de carácter práctico. Afortunadamente ya tenemos precedentes en este sentido, como es el caso de los trabajos de las Comisiones Económicas Regionales y de ciertas actividades de la Secretaría en el campo de los problemas de recursos energéticos.

Antes de que los expertos de las Naciones Unidas inicien nuevos trabajos de investigación a largo plazo, sería de gran utilidad el conocimiento de las experiencias sobre desarrollo e industrialización que ya hubieran probado su eficacia en algunas partes del mundo. Tal vez el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas podría prestar importante auxilio en esa función si se le aprovecha como un centro de intercambio recíproco de esas experiencias e informaciones. Hace falta, por hoy, un sitio al que pueda acudir cualquier persona que se halle trabajando sobre algún proyecto de desarrollo, de índole práctica, en la seguridad de encontrar ahí amplia información sobre esa labor de concentración de experiencias. Es imperativo hacer todo lo posible para evitar la duplicación de los esfuerzos, especialmente cuando se toma en cuenta la escasez de fondos y de personal de expertos de las Naciones Unidas.

Dentro del nuevo enfoque para el trabajo inmediato, acaso sea aconsejable llevar a cabo un estudio de alcance mundial sobre las investigaciones que se estén haciendo actualmente, tanto en el plano nacional como en el internacional, en materia de desarrollo económico e industrialización y, una vez concluido ese estudio, convocar al Comité de Expertos para que revise nuevamente los programas de trabajo de la Secretaría a la luz de los resultados que se obtengan y con el fin de eliminar posibles duplicaciones.

Pensamos, finalmente, que sería útil coordinar las labores de algunos departamentos de la Secretaría en forma tal que los Centros de Información de las Naciones Unidas, establecidos fuera de la sede de la Organización, den plena eficiencia a la disseminación de informaciones económicas y tecnológicas que provengan de las propias Naciones Unidas.

Deseo concluir, señor Presidente, con la declaración de haber formulado las sugerencias anteriores con espíritu constructivo, sin desconocer la importancia de

la obra realizada hasta hoy por las Naciones Unidas en el campo del desarrollo económico, y sólo con el deseo de apresurar el avance hacia el bienestar para esa gran parte de la humanidad que, según expresión del señor Secretario General, sigue condenada a una vida de extrema miseria.

Gracias señor Presidente.